

GUILLERMO FELIU CRUZ

RICARDO E. LATCHAM

(1869 - 1943)

*La bibliografía de las ciencias
antropológicas*



BIBLIOGRAFOS CHILENOS

Santiago de Chile

1969

GUILLERMO FELIU CRUZ

RICARDO E. LATCHAM
(1869 - 1943)

*La bibliografía de las ciencias
antropológicas*



BIBLIOGRAFOS CHILENOS

Santiago de Chile
1969

Latcham y la bibliografía. Cuando Carlos E. Porter se decidió por primera vez a trabajar sistemáticamente la bibliografía de las ciencias naturales en Chile y sus conexiones con la extranjera, Ricardo E. Latcham comprendió la importancia de la empresa que acometía el fundador de la *Revista Chilena de Historia Natural*. En el prólogo escrito para una de las obras de Porter, Latcham decía en 1908 respecto a la prospección de las ciencias naturales: "En Chile se nota mucha deficiencia en esta materia", palabras que deben tomarse en el sentido de que aún nada se había hecho en la ordenación bibliográfica. A su vez, Porter testimoniaba que algunas o casi todas las ramas de las ciencias "se encuentran tan descuidadas que da lástima, lo que parece enorme en un país culto como el nuestro". Las ciencias físicas y naturales no habían dejado de cultivarse en el país con reiterada constancia como lo acreditan muy singularmente los *Anales de la Universidad de Chile*, donde está recogida esa literatura desde la fundación de la revista en 1843 hasta nuestros días. Sus progresos, si se quiere, habían sido lentos, y nadie habíase encargado de reunir sus frutos, catalogándolos, para apreciar sus tendencias, el grado de originalidad de los estudios por las investigaciones efectuadas y de este modo formar la bibliografía científica chilena. Las palabras de Latcham y de Porter deben ser interpretadas, pues, en este sentido. Por eso el autor de la *Prehistoria Chilena* cuando conoció el propósito de Porter, lo ayudó en su gran empresa con todo su vigor y entusiasmo, proponiéndose él mismo un plan de trabajo para auxiliar al naturalista. Porter en una de sus obras reconoció la generosa conducta de Latcham. Eran éstos esfuerzos individuales, de solidaridad intelectual, y, por lo tanto, provechosos.

El Estado, la Universidad de Chile y las Sociedades Científicas. Todavía el Estado no propendía a la protección del hombre de ciencia en aquella medida de ayuda segura de las investigaciones, ya se tratara de la permanencia

o transitoriedad de ellas. Lo que en Chile se hizo en el siglo XIX en materia de ciencias fue costeadado por el Estado. En efecto, con Gay comenzó esa protección y por el Estado hicieron valiosas publicaciones. En el siglo XX, en lo que va corrido de él, ha sido lo mismo, y la influencia estatal, mucho más decisiva en la ayuda a las instituciones científicas. La Universidad de Chile, que desde su fundación en 1842 se llamó "Protectora de las letras, las artes y las ciencias", como cuerpo académico, fue la creadora de una escuela histórica y abrió a las ciencias del espíritu, a las físicas y matemáticas y a las naturales, las puertas de su hogar, siendo los *Anales* la fuente en que se encuentra lo que la corporación ha hecho por el desenvolvimiento de ellas. Pero la Universidad debió atender de preferencia a la formación de profesionales. De sus aulas egresaron los individuos que, con sus profesiones liberales, formarían una clase media ilustrada, base de la organización democrática de Chile. Si bien la Universidad nunca negó su apoyo y protección al hombre de ciencia, sus recursos económicos, dados por el Estado, no eran ni con mucho suficiente para agruparlos y ofrecerles la protección que necesitaban.

Es un hecho sintomático del ambiente intelectual de la época de que cuando Porter y Latcham en 1908 trabajan como simples individuos en planes científicos importantes, un nuevo Rector de la Universidad de Chile, con un criterio distinto al de sus antecesores, pero coincidente con el de Bello, sostenga y luche porque la corporación se convierta en centro de investigación científica y no fuera un cuerpo de profesionales liberales solamente. Valentín Letelier, que así se llamaba ese Rector, transformó la casa universitaria y facilitó a los científicos la posibilidad de contar en forma más permanente con una ayuda económica, un estímulo moral para los estudios, las investigaciones y la impresión de las obras. Sin embargo, cuando los hombres de ciencia sentíanse solos, antes de las iniciativas de Letelier y aún después, se unieron para formar sociedades científicas. Nunca se ha hecho la historia de estas instituciones que, de una manera u otra, han contribuido al progreso intelectual de Chile. Se les dio vida por un esfuerzo de la voluntad intelectual para hacer colectivo el espíritu del investigador, agrupándolo para promover la charla, servir a la ciencia con más dedicación y no como una labor ocasional.

La soledad del investigador. "El investigador no era un fruto surgido al azar, del secreto de las maduraciones individuales o de las concomitancias inesperadas. Son los años teñidos todavía con la atmósfera intelectual de principios del siglo, romántica y nebulosa —escribe Humberto Fuenzalida— en que se confiaba en el papel de los individuos y en los beneficios de la asociación libre y extra claustral para cumplir las labores que corresponden al progreso de los conocimientos, al esclarecimiento de los innumerables problemas que permanecían oscuros o velados tras el fárrago de las concepciones anacrónicas. Son los momentos en que se fraguan destinos como los de José del Carmen Fuenzalida, Luis Riso - Patrón, José Toribio Medina, Tomás Thayer Ojeda,

Ramón A. Laval, Carlos E. Porter, Vicente Izquierdo, Elías Almeyda Arroyo, Francisco Fuentes, Marcial R. Espinosa. Espíritus dispersos, surgidos de las provincias, de las capitales, del campo o de la ciudad, quien sabe por qué toque del azar, sienten vocación inmarcesible por un orden de conocimientos y se dedican a él con todo entusiasmo a lo largo de toda su vida.

Dentro de estos azares pueden advertirse algunas concomitancias que explican el surgimiento de las personalidades, pero las más de las veces éstas quedan enteramente inexplicadas. En la lucha contra la soledad, estos espíritus buscan reunirse para comunicarse sus resultados. Son las asociaciones libres las que primero constituyen las células donde chocan las ideas y se fragua el espíritu de emulación necesario para llevar el conocimiento a límites cada vez más avanzados. Son la Sociedad Científica de Chile, la Sociedad Científica Alemana, la Sociedad Chilena de Folklore, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, la Sociedad Chilena de Historia Natural, los primeros núcleos colegiados en donde la investigación es una tarea y donde se dan los grandes pasos en la conquista del saber”.

Esas sociedades destacaron hombres eminentes en las especialidades que cultivaron y como asociaciones, aglutinaron ideas, trabajos, investigaciones, planes de labor, y de ellas, con el impulso colectivo, surgieron personalidades científicas de envergadura que torcieron o compartieron el destino profesional para dedicarse al que vislumbraban en las ciencias atraídos por una vocación irresistible, a fin de satisfacer los afectos intelectuales. Fuenzalida al considerar estos casos se pregunta: “¿Por qué el médico Aureliano Oyarzún se dedicó a la arqueología? ¿Por qué Ramón A. Laval se interesó por el folklore? ¿Por qué el ingeniero Ricardo E. Latcham se interesó por la etnología y las ciencias sociales? Son misterios que se fraguaron en la soledad de los escritorios, en las meditaciones, en el seno de las selvas, en las conversaciones de los salones o en el bar ante el estímulo de las copas”.

El caso de Latcham. Sus antecedentes. Veamos el caso de Latcham. Era inglés. Nacido en la ciudad de Bristol el 5 de mayo de 1869, la familia contaba allí con una residencia de más de 150 años. Fueron sus padres Tomás Latcham, funcionario de los servicios municipales, y su madre la señora Victoria Cartwright. A los 6 años, en 1875, inició los primeros estudios en el Board School, terminándolos en 1879. El hogar de Latcham era profundamente victoriano. Era muy observante de la tradición rigurosa de las reglas de la educación y de las costumbres. El muchacho no sintió nunca mucho apego por las formas protocolares de su casa en cuanto limitaban con un engorroso ceremonial, la naturalidad de la vida. Fue siempre rebelde a las imposiciones de los sistemas establecidos y que se extendían al acomodado medio social en que encontrábase situados sus padres. En cambio, desde la más tierna edad fue un aficionado impenitente de los deportes, especialmente el

fútbol y las excursiones. La fama de atleta le precedió al ingresar a los estudios secundarios en el Queen Elizabeth's Hospital de su ciudad natal. Allí permaneció hasta 1884. Al concluir los estudios secundarios, abrazó la carrera de Ingeniero Civil en el Politechnic Institute de Londres, recibiendo en 1888, a los 18 años. Latcham era entonces un joven fuerte, irónico y excéptico. Tenía la preparación técnica y práctica de su profesión y una marcada predisposición para las matemáticas. Era imaginativo y de sólido criterio en la apreciación de las cosas, especialmente para desmenuzar las ideas, resumirlas y presentarlas con novedad. Los estudios de ingeniería no le permitieron ampliar la base humanística de los secundarios, para los cuales con sus características intelectuales, parecía muy especialmente dotado. Sin embargo, Latcham los cultivó por su cuenta.

En filosofía, se hizo discípulo de Stuart - Mill y de Spencer. Por este último conservó toda su vida una apasionada admiración por haber encontrado en el autor de la *Educación* las bases del método analítico y experimental que tan bien se conformaba con su inteligencia. Su padre lo influía con sus propias aficiones a cultivar las matemáticas, pues era un eximio hombre de números y un contador muy acreditado. Se complacía en animarlo para las excursiones, en su devoción por los ejercicios atléticos y en no limitarles los mundos imaginativos con que soñaba. Su madre, en cambio, luchaba porque fuera un joven victoriano, sin rebeldías, sin protestas contra la sociedad en que vivía, sumiso al ambiente, educado y protocolar.

Viaje a Chile. En la Araucanía. Los mundos imaginativos que buscaba el espíritu de Latcham, se le presentaron mucho antes de lo que hubiera podido sospecharlo. No concluía todavía la escolaridad universitaria cuando entró en tratos con Martín Drouilly, quien era el encargado del Gobierno de Chile para contratar en el extranjero los individuos que debían tener a su cargo los trabajos preliminares que era necesario efectuar en la región de la precordillera de la provincia de Malleco, para preparar el terreno a los futuros pobladores o colonos. Drouilly actuaba como agente de Chile de Colonización en la Frontera. Latcham lo conoció en el Polytechnic Institute de Londres donde había ido en busca de jóvenes que, por espíritu de aventura y de trabajo, quisieran colaborar en las faenas de las selvas vírgenes del sur, o sea, en la empresa que preparaba el gobierno para poblar esas regiones. Latcham aceptó sin vacilaciones el cargo que le ofreció Drouilly, y el 22 de agosto de 1888, se encontraba en Chile, habiendo desembarcado en Valparaíso para dirigirse inmediatamente a Talcahuano, sin haber hecho escala en Santiago.

Latcham consideró el viaje a Chile como una aventura. Era la realización de una de sus esperanzas conocer tierras ignotas de las cuales no tenía ninguna referencia. El nombre de Chile apenas si de algo le hablaba, ya que sabía que Lord Cochrane había luchado por su independencia. Sintió una

profunda satisfacción al trabajar en medio de selvas apenas holladas por el hombre y donde vivía un pueblo todavía semiprimitivo. El era un muchacho y realizada la aventura, regresaría a la patria. Pero se equivocó: nunca más volvió a contemplar Inglaterra. El destino lo amarró en Chile por espacio de 55 años, y aunque inglés hasta la médula, se hizo chileno congeniando espontáneamente con la idiosincracia nacional. Valparaíso le pareció una ciudad alegre y como en ella permaneciera algunos días, una visita al Club de los Ingleses lo puso en contacto con algunos de ellos. Una semana de residencia en Talcahuano, ciudad fea, sucia y descuidada, le avisó que tocaba pueblos primitivos y que estaba próximo el camino de la Frontera. Se internó hacia esa línea por la ruta de la costa. El viaje lo hacía a caballo, en una cómoda montura chilena que desde entonces no abandonó. Le acompañaba un baqueano y un alarife. Latcham no hablaba ni una palabra de castellano. Se encontró pronto en una terrible soledad.

Con algunas interferencias, 5 años trabajó en los campos vírgenes de la provincia de Malleco, impresionándose con la selva. Los 15 ó 20 días que demoró en llegar al punto a que se le había destinado, fueron duros, inclementes. La lluvia caía sin cesar. La penetración en la selva era difícil y sólo podía hacerse siguiendo una pica de indios. No vio en todo ese tiempo un rayo de sol. Al término de la jornada diaria, el reposo, el descanso, el sueño, concluía en una ruca araucana. Un cacique hospitalario lo acogía con sus compañeros y le rodeaban sus mujeres y sus hijos, sentados a la orilla de una fogata, comiendo los guisos indígenas y las bebidas que les ofrecía el amo. Secaban las ropas y dormían envueltos en muelles cueros vacunos o en tejidos vistosos y muy abrigadores. Si el joven no podía hablar, observaba las costumbres. Latcham, a pesar de los agasajos de los caciques, los temía y en las noches sus recelos eran torturantes. Contaba que por las novelas inglesas de aventuras que había leído, especialmente de Mayne Reid, los indios araucanos eran antropófagos, como los otros del continente. La primera noche pasada en la ruca del cacique fue horrible. A la orilla del fuego, se anudó una conversación con el jefe de la familia a la cual Latcham respondía en inglés y por medio de señales, pero nunca vio ni supo de la existencia de la antropofagia entre los indios. Esto le dio confianza y de lleno se dedicó a penetrar en el conocimiento de la vida del araucano.

Cinco años entre los araucanos. Sus observaciones. En dos períodos sucesivos, en los cinco años de su trabajo, se consagró a conocer con profundidad la vida del araucano. Una etapa corresponde desde 1888 hasta 1890; la otra, de 1892 a 1895. En ese tiempo, Latcham se contrajo a los trabajos propios de su profesión: demarcó hijuelas, abrió caminos, levantó planos, niveló terrenos y los señaló, a fin de entregarlos a los futuros colonos. Antes de aprender el castellano, habló el araucano. Todo lo que le presentaba esta nueva vida,

lo llenaba de alegría. La existencia salvaje le agradaba y la buscaba. Pero volvía a la civilización cuando en las largas noches, en la ruca, pensaba en Bristol, en la confluencia del río Avon y el Frome, en el canal, en la Catedral del siglo XII y en los viejos castillos del medioevo. Al evocar esos castillos y las ruinas de algunos de ellos, concibió una novela de ambiente inglés, en las tierras vírgenes de Arauco. La escribió tal como concebía la vida en la Edad Media. Con ello daba descanso a la soledad, a la ausencia de comunicación con hombres como él que se entendieran en su idioma. Sabía ya el araucano y comenzaba a entrar en el aprendizaje del castellano. Sin embargo, la perspicaz inteligencia de Latcham y su espíritu observador y penetrante, se enfrentaron en el estudio y la consideración de la existencia del araucano. Sintió interés en conocer sus ideas religiosas, en suma, la vida espiritual, lo anímico que en él había. Las creencias de ese pueblo las penetró por primera vez. Como era simpático, cordial, de apariencia despreocupada y no ponía ningún énfasis en lo que hablaba, dejaba correr las interrogaciones para no despertar la sospecha del indígena, el que después, sin ver intención, se volvía comunicativo y absorbía, sin quererlo, la consulta. Latcham fue así informándose acerca de las ideas en los hombres de ese pueblo en cuanto a la religión y después lo hizo con las costumbres. Siguió con la agricultura, y así fue repasando el área cultural o el grado de civilización del araucano.

Los elementos de observación. Los críticos de la obra de Latcham han señalado que la mayor parte del contenido de las materias tratadas en sus libros, tiene su origen en las observaciones hechas en su juventud. El fondo de su construcción científica en lo antropológico, en lo etnológico y en lo etnográfico, tiene su raíz en este tiempo. Las apuntaciones en sus libretas de notas contienen, junto con los datos, las intuiciones, las probabilidades, las insinuaciones de posibles realidades. No creía en nada, y en una de esas libretas ha escrito: "No creo en nada de lo que me cuentan, y de lo que mis ojos ven, sólo la mitad". Esta era su posición entonces y fue la de siempre. Sus observaciones tienen el carácter de la frescura de un hombre empacado intelectualmente en el rigorismo de la escuela ingenieril. Ve los hechos y no los conjuga con los sentimientos morales y religiosos suyos. Permanece frío, indiferente ante las afecciones del indígena y no las hace entrar en las suyas. Busca la constancia, la reiteración de los hechos para establecer la permanencia de ellos en la vida social, y sólo entonces los aprovecha. Las observaciones las hizo en medio de los araucanos de la región subandina de Malleco, Lonquimay y Llaima (1888 - 1890 y 1892 - 1895), para recorrer en seguida los llanos entre Traiguén y Cautín. En las vecindades de Cholchol pasa igualmente en íntimo contacto con los araucanos. Vivió en las habitaciones con ellos, comió en su mesa, intervino en sus juegos, penetró en sus ciencias, se

familiarizó con sus costumbres, haciendo suyas las modalidades materiales de la existencia como también las espirituales de ellos.

Como trabajara con los indios en las faenas de abrir senderos en la selva, los hacheros fueron sus amigos y el campamento le servía para penetrarlos en su propia lengua y así ganarles la confianza. Después anotaba lo que había inquirido.

En Santiago. Un amigo. Docencia y entrenador de fútbol. En 1891, Latcham visitó Santiago en los primeros meses. El mundo santiaguino estaba en llamas con la revolución. Creyó ver en Chile la imagen de cualquier otro pueblo de América convulsionado por el militarismo. La estancia tuvo por objeto buscar un trabajo distinto al mortificante del sur, en la Frontera. Un amigo, John Smart, le había comunicado que en la construcción del ferrocarril de Santiago a Melipilla se necesitaban hombres con estudios de ingeniería para nivelar terrenos y abrir caminos para el paso del ferrocarril, a los que se pagaba bien. En todo caso, la vida era más civilizada. Durante la revolución, Latcham trabajó en esas faenas, y en el curso de las conversaciones con los ingleses, se dio cuenta del carácter de la guerra civil y sintió simpatías por la causa constitucional. Al mismo tiempo, se vinculó con algunos chilenos con los cuales contrajo amistades, y entre éstos Javier Fernández Puelma, dueño de una estancia en Melipilla donde Latcham alojaba en el tiempo de los trabajos en el ferrocarril. Fernández Puelma fue también quien lo decidió a instalarse en la capital, consiguiéndole en un establecimiento secundario de enseñanza particular, el Instituto Internacional, clases de inglés. Todo el año de 1893, lo ocupó en la docencia, y la abandonó para convertirse en el entrenador del primer centro de deportes con que contó la capital, el Santiago Athletic Foot-Ball Club. Fue éste el primer team que jugó en las canchas santiaguinas contra los "porteños", primero con ingleses solos y luego con chilenos que Latcham preparaba con gran entusiasmo. Al desempeñarse en estas actividades, Latcham debió recordar los años de su adolescencia en Bristol en que descolló como atleta, consiguiendo fama por sus audacias.

Otras expectativas. La antropología. Sin embargo, en el cargo de entrenador de su club, permaneció sólo el año de 1896. Luego se le presentaron mejores expectativas que las muy relativas que le ofrecía la institución donde prestaba con vocación sus servicios y con muy escasos frutos para vivir como debía. Volvió a las clases del Instituto Internacional por un corto tiempo. Parecía increíble que el entrenador de un club atlético tuviera tiempo para dedicarse a las cuestiones de la antropología araucana, y, sin embargo, ello fue así. Es en esta época cuando medita el plan de uno de sus libros más completos; el que discute y plantea en los apuntes de sus notas, en el que analiza los materiales de que dispone, las fallas que encuentra. Nos referimos

al intitulado *La Organización Social y las Creencias Religiosas de los Antiguos Araucanos*, que apareció en 1924, cerca de 30 años después de su concepción. Todo ese tiempo maduró la obra y así acontecerá con otras que entrevió mientras duró la permanencia en la Araucanía.

En La Serena. Profesor. Matrimonio. Estudios. Que su círculo de amistades había aumentado en Santiago gracias a la amistad con el agricultor Fernández Puelma, lo señala el hecho de su designación como Profesor de Inglés del Liceo de La Serena, el 1º de abril de 1897. Su mejor biógrafo hasta ahora, Humberto Fuenzalida, ha puntualizado la vida de Latcham en la ciudad nortina, dentro y al margen de la docencia, como dice. Establece que inmediatamente se dedicó a buscar los restos arqueológicos, los que afortunadamente descubrió; desenterró tumbas con los vestigios de las culturas ancestrales; hizo excavaciones en las goteras de La Serena, y aprovechándose de ciertas excursiones mineras, las practicó con éxito en la costa del Paposo. Visitó las caletas costeras en que se encontraban casi intactos los restos humanos de los primitivos habitantes del litoral chileno, materiales que empleará para la etnología aborigen. Estas excursiones y aquellas excavaciones, Latcham las lleva a cabo en 1898, pero sólo las dará a conocer en 1910, es decir, 12 años más tarde se publicarán sus observaciones. La minería le ocupó mucho tiempo, ya que su carácter aventurero sentíase fascinado con los espejismos que concebía de encontrar por el don de la suerte veneros en las entrañas de la tierra. Vivió pensando en las minas hasta 1928. La profesión de ingeniero, lo vinculaba a la minería, es verdad; pero también lo arrastraba hacia ella un propósito de estudio. Fuenzalida dice: "Poseo cuatro o cinco libros que adquirió por esa fecha, en los cuales a medida que estudiaba, iba dejando constancia de sus observaciones en los numerosos distritos mineros que visitara durante su vida".

Identificación con Chile. "Este contacto con la minería —comenta el biógrafo— no implica solamente un aporte para nuestros conocimientos sobre los recursos del país, sino que trae también algunas consecuencias para su mundo interior. En el sur de Chile había entrado en contacto con las tribus indígenas del territorio, en el centro había convivido con el peón de las faenas ferroviarias, en el Liceo de La Serena con nuestra juventud. Es en el Norte Chico, corriendo a campo traviesa, viviendo en las fogatas risqueras, donde conoce esa otra porción de la realidad humana del país: el minero, sin cuyo contacto una visión de Chile es siempre imperfecta. En más de alguna oportunidad le correspondió trabajar en esas legendarias minas chilenas, en donde la explotación se hacía a base del esfuerzo muscular, o bien de esas otras que permanecían aisladas durante todos los duros meses invernales, creando una convivencia forzada, que fermentaba las pasiones, desataba los instintos,

y hacía arriesgar la locura. Creo que en todas partes su acción encontró el mismo eco que entre los indios. Era el hombre bueno y en cada sector del país, siempre tuvo una acogida cariñosa. Este contacto terminaba de echar las bases de su afición decidida por Chile y sus habitantes. Hay una fecha en que el señor Latcham deja de sentirse gringo y empieza a ser chileno". En el liceo serenense conoció a la joven que era su alumna y fue su esposa: casó con doña Sara Alfaro en 1898, cuando tenía 29 años.

Preocupaciones de Latcham. Ninguna de las ocupaciones de la docencia y de la minería, lo alejaron de las preocupaciones íntimas de su espíritu. Hay dos cosas que no abandona: los ejercicios físicos del atleta y las excursiones. En estas últimas se encuentran los estímulos para la investigación de la antropología física a que se ha dedicado con perseverancia británica. Los resultados del conocimiento de las tumbas resultáronle halagadores y los dio a conocer en la *Revista del Norte*.

Espíritu de aventura. En Santiago. Secreta aspiración. La rutina, la larga continuidad en la faena, la permanencia gregaria, cansaban a Latcham. Aflo-raba luego del reposo el aventurero, el imaginativo, el buscador de ensueños. Eso lo hizo entrenador de un club de fútbol, para morder después un fracaso pecuniario, pero cuyo capital, la gran ganancia, fue el encontrarse allí a sus anchas. La verdad es que nunca se curó del desprecio que sentía por el dinero. Cree encontrar en Santiago el horizonte amplio que necesita su profesión de ingeniero, y en 1902 renuncia a las clases del liceo serenense. El impulso que lo guía secretamente a la capital, es desarrollar su vocación científica. Los primeros años de la permanencia en la metrópoli santiaguina fueron muy duros. No había hecho en La Serena economías y la esposa, con las suyas, proveyó la crisis. Las clases en colegios particulares, apenas sí daban para la manutención de la familia. Fernández Puelma había fallecido, y el hijo mayor lo auxilió, poniéndolo en relación con ciertas compañías mineras que le dieron peritajes.

Relaciones con hombres de ciencias y estudios. Al mismo tiempo, realizaba su ideal que era el de su vocación íntima. Se relaciona con hombres de ciencias y de letras: Carlos E. Porter fue el primero con quien anudó amistad. Consagra algún tiempo a visitar al Museo de Historia Natural, donde existen ejemplares valiosos de la prehistoria chilena. Concorre a la Biblioteca Nacional y se hace amigo del Sub-Director Ramón A. Laval. La presentación con que llegó a la capital para mezclarse con los hombres de ciencia, fueron sus colaboraciones en la *Revista Chilena de Historia Natural*, que en Valparaíso, con sacrificios increíbles, mantenía y dirigía el Conservador del Museo de esa ciudad, Carlos E. Porter. Comenzó esa colaboración en 1903 y ter-

minó en 1939, sumando 26 los artículos que en sus páginas escribió. Antes, en 1892, había publicado en el *Chilean Times* de Valparaíso su primer artículo al que dio el título *Chile as a field for emigration*. Ya dijimos de su colaboración en la *Revista del Norte* de la ciudad serenense, donde desde 1895 hasta 1899 publica: *Los vascos: sus orígenes y su lengua; Desigualdades naturales y desigualdades artificiales; Rehabilitación del trabajo y La baratura*. Algunos artículos sobre la prehistoria chilena relativos a la arqueología, acerca de las características físicas del araucano, a la etnología de éstos y al totemismo, los difunde en el extranjero. En su lengua, escribe en 1903 para el *Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, de la ciudad de Londres, acerca de los temas ya indicados, con los cuales proporciona nuevos datos para el conocimiento del hombre primitivo de Chile. Esta colaboración fue esporádica, lenta, ya que los artículos son de los años 1903, 1904, 1909 y 1927. No encuentra en los círculos científicos una revista propia de su especialidad y sus trabajos se pierden ahogados en las páginas de otras que ocupan de ciencias que pertenecen a otras diversas de la suya. Por eso, se asila en publicaciones extranjeras. La *Antropología Chilena*, por ejemplo, apareció en 1909 en la *Revista del Museo de La Plata*. Los estudios acerca de la antropología física de los atacameños y diaguitas y los tipos de insignia lítica encontrados en Chile, se insertaron, en 1910, en los *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*. Esas publicaciones lo dieron a conocer en el extranjero. Podían aceptarse o rechazarse sus opiniones, pero había algo nuevo en la manera de presentar los problemas. Desde luego, independencia de criterio, rebeldía para encarar lo aceptado, imaginación para situar el campo de los hechos y desprejuiciamiento completo de sus ideas y para considerar las ajenas. Quienes en el ambiente científico chileno ignoraban la presencia de Latcham entre nosotros, por la lectura de sus artículos en las publicaciones extranjeras, lo tuvieron por residente en otro país. Alejandro Cañas Pinochet se sorprendió al saber que vivía en Chile con una ya larga permanencia. Lo imaginaba en Inglaterra, en Londres, después de haber incurrido silenciosamente por el territorio chileno, realizando investigaciones. El estrecho mundo científico santiaguino se le abrió en poco tiempo y le dio cabida. En las reuniones que se efectuaban en las escasas sociedades que existían, Latcham concurría a ellas, la Científica de Chile, la de Historia Natural, la Científica Alemana.

El hogar intelectual de la Casa de Bello. La Universidad de Chile le dio hogar cediéndole las páginas de los *Anales*. Allí se publicaron tres o cuatro libros suyos fundamentales. En 1909, *El comercio precolombino en Chile y otros países de América*; en 1910, *La fiesta de Andacollo y sus andanzas*, y en 1915, *las Costumbres mortuorias de los indios de Chile y otras partes de América*. Y después, ya consagrado, allí mismo aparecieron *La existencia de la*

propiedad en el antiguo Imperio de los Incas, en 1923; *Los Incas, sus orígenes y sus ayllus*, en 1928; y, finalmente, en 1929, *Las creencias religiosas de los antiguos peruanos* y, en 1935, *La agricultura precolombina en Chile y otros países vecinos*. La Universidad después del intenso rectorado de Valentín Letelier se había dado con alguna pausa, con cierta parsimonia, a la investigación científica. Es verdad que la sofocaba el profesionalismo, pero las ciencias del espíritu habían encontrado un hogar en sus claustros. Latcham fue, en este período de transformación de la casa universitaria, uno de los primeros científicos que encontró protección y ayuda. Domingo Amunátegui comprendió al investigador y José Toribio Medina lo encaminó en sus trabajos, especialmente indicándole las fuentes de la historiografía americana a que debía ocurrir para conocer la vida de los aborígenes. En la Biblioteca Nacional, le ayudaban Ramón A. Laval y Enrique Blanchard - Chessi.

Matta Vial y sus planes culturales. Contrajo por estos años una amistad especialmente valiosa. Enrique Matta Vial (1868 - 1922), incansable impulsador del movimiento intelectual de Chile, a través de publicaciones documentales y revistas literarias, había fundado una especialmente dedicada a las ciencias históricas. El nombre de Latcham le había llamado profundamente la atención a través de sus escritos en los *Anales de la Universidad de Chile*, en los cuales vio un investigador original de la prehistoria, dueño de un método propio, con un criterio severo y positivo, frío hasta la indiferencia para observar y analizar las formas de las culturas aborígenes. Matta Vial llamó a Latcham a colaborar en las páginas de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, recién fundada por él en 1911. Desde 1912 hasta 1930, con algunas interferencias, Latcham publicó allí sus estudios, los cuales alcanzaron a 14. Aquí se encuentra el valioso ensayo acerca de *El perro doméstico en la América precolombina*.

La Sociedad Chilena de Historia y Geografía. La revista fundada por Matta Vial debía servir de órgano a una sociedad de Historia y de sus ciencias auxiliares, propósito que largamente había acariciado. Quería Matta Vial hacer converger hacia la nueva institución científica los esfuerzos de los investigadores, a fin de realizar, en conjunto, en trabajo de equipo, algunas obras fundamentales, tales como un diccionario biográfico y otro geográfico, la traducción de los viajeros relativos a Chile, la edición de los cronistas de la independencia y otras empresas. La sociedad protegería el trabajo individual del investigador, editándolo. En esos momentos, Matta Vial quería canalizar muchas voluntades, muchas vocaciones y muchas iniciativas, en un organismo central. De este pensamiento, surgió la Sociedad Chilena de Historia y Geografía nacida en una reunión llevada a cabo en la Biblioteca Nacional el 21 de septiembre de 1911. Latcham encontró allí muy buenos amigos: lo es-

timaron y apreciaron Valentín Brandau, Clemente Barahona Vega, Guillermo Edwards Matte, Pedro Lautaro Ferrer, Eleodoro Flores, Alberto Edwards, Ismael Gajardo Reyes, Luis Galdames, Tomás Guevara, John Jüger, Ricardo Montaner Bello, Fernando Montessus de Ballore, Walterio Knoche, Ramón Serrano Montaner, Luis Ignacio Silva, Luis y Tomás Thayer Ojeda, Julio Vicuña Cifuentes. En el acta de fundación de la Sociedad no aparece la firma de Latcham, sin embargo. La Junta de Administración de la nueva entidad se apresuró, no obstante, a llamarlo a colaborar en su seno. Fue designado Presidente de una de las secciones, de la de Prehistoria e inmediatamente se propuso dar a conocer lo que eran estas ciencias auxiliares, la antropológica, la etnográfica y la arqueológica, mediante un ciclo de 9 conferencias. En las sesiones públicas de la Sección de Prehistoria efectuadas en la Biblioteca Nacional en el curso de los años 1914 y 1915 se llevaron a cabo esas conferencias. El plan de las disertaciones fue de tres conferencias para cada ciencia. En las de antropología se trataron sus problemas, los métodos y los resultados obtenidos; en las de etnología, la evolución industrial, la evolución social y la evolución psíquica; las destinadas a la arqueología, comprendieron la edad paleolítica, la edad neolítica y los tiempos proto-históricos. Además, en 1915 leyó Latcham estas otras: una acerca del problema del hombre americano; otra, sobre las ideas antiguas y las enseñanzas modernas relativas al pueblo araucano; la que versaba sobre los tipos étnicos de las provincias centrales de Chile y, finalmente, la que estudiaba la influencia incásica. Las disertaciones fueron reunidas con el título: *Conferencias sobre Antropología, Etnología y Arqueología*, editadas por la Sociedad de Historia y Geografía y publicadas por la Imprenta Universitaria en 1915, en un volumen en 12º— de 206 páginas. La portada dice Parte 1, no habiéndose impreso la segunda. Desde entonces Latcham fue en la Sociedad de Historia uno de sus miembros más activos y apreciados y el encontró allí un nuevo hogar científico como el de la Universidad. La Sociedad le encargó ese mismo año de 1915 la traducción del tomo 1 de la Segunda Serie de la *Colección de Autores Extranjeros Relativos a Chile, Los Araucanos* de Edmond Reuel Smith, publicado en Nueva York en 1855.

Vio realizadas Latcham con estas cordiales acogidas, las aspiraciones secretas que lo determinaron y estimularon a establecerse en Santiago. En tres de las revistas más respetables del país tenía las páginas abiertas para la publicación de sus estudios: los *Anales* y la *Revista de Historia*. La *Revista de Historia Natural* se honraba con sus trabajos.

Sufrimientos y quebrantos. Pero estos éxitos de la activa vida intelectual de Latcham están llenos de sufrimientos ocasionados por las dificultades económicas. Ha pasado sobre esos quebrantos silenciosamente, con dignidad, decoro y sin muestras de perder el sano y vigoroso optimismo que le animó siempre. Hubo momentos muy duros en este período de 1905 a 1908 y quizás

hasta 1910. En lo más álgido de la crisis, la voluntad no flaquea para servir su vocación de estudioso. Así es, en efecto, y toma parte en el Cuarto Congreso Científico General Chileno que funcionó en Santiago en 1908. Para hacer las ponencias y sostenerlas, abandonó la prospección de los cerros de Runge y de Tiltit —el espejismo del minero— a fin de ubicar los yacimientos donde poder establecer la explotación. Comenzó con éxito y concluyó perdiendo. Reunió buena cantidad de dinero que compartió con el hogar y la planificación de viajes de estudio. Los peritajes dieron algo también todavía. Sin embargo, cuando presiente que las minas de Runge y de Tiltit le esconderán la fortuna, tiene en su imaginación la idea de echar a andar una industria, una fábrica de pinturas, y la puso en ejecución, coronándola la suerte, pues la mercadería encontró una demanda muy superior a la que él mismo sospechó. Los efectos de la primera guerra mundial en el comercio chileno con el británico, amenazó la industria de Latcham. Los productos que debía importar se resentían en llegar, la inseguridad de la navegación detenía y deterioraba el trabajo y la seriedad de la fábrica sufría con los eventos. Luego, se produjo la centralización del comercio en las grandes y poderosas casas mayoristas. El desenvolvimiento de su industria comenzó a asfixiarse y casi dos años antes de la terminación de la conflagración mundial, debió liquidar la empresa. Entonces le conocimos nosotros por intermedio de su hijo, el escritor y crítico literario. No alcanzaba a los 50 años de edad, pero los representaba. Estaba encanecido y las arrugas del rostro le hacían aparecer concluido, cansado. Profundamente bondadoso, nos trató con un afecto como si nos conociera de largo tiempo y, como si supiera de nuestras aficiones literarias, se preocupaba de ellas y las estimulaba, como lo hacía con las de su hijo, estudiante en el Colegio de San Pedro Nolasco de los padres de San Agustín. Por esos días, las preocupaciones de la liquidación de la fábrica le embargaban y no por ello había dejado de ser optimista e irónico con un reconfortante humor. Se reía de su absoluta falta de previsión, pero estaba lleno de esperanzas de una rápida rehabilitación económica. Acaso más que su incierto porvenir —no era la primera vez que lo veía sin horizonte— le fue muy doloroso y amargo el desconocimiento que se hizo de sus derechos en el Museo de Etnología y Antropología, donde había prestado sus servicios y entregado el caudal inmenso de su ciencia. Esperaba una recompensa justa y equitativa por sus años de servicio, y sólo encontró una postergación. Este agravio, por una parte, y, por otra, las preocupaciones y consecuencias del término de la industria, paralizaron la publicación de sus escritos. Nada de su pluma aparece en el período de 5 años comprendido entre 1916 y 1921. Luchaba por rehacerse.

Honores. Reconocimiento. Sin embargo, siguió trabajando en sus apuntes y en la preparación de nuevas obras. Así es como en 1922 comienzan a ver la

luz otros libros, uno casi cada año, salvo en el de 1928 en que lanzó 6, todos de envergadura y de calidad científica. Uno de ellos, *Los Incas. Sus orígenes y sus ayllus*, como otro anterior, *La existencia de la propiedad en el Antiguo Imperio de los Incas* (1923), fueron los antecedentes de la altísima distinción que recibió Latcham por parte de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima, en 1928, al designarlo Doctor Honoris Causa. 1928 fue para el científico un año feliz. El consenso público ilustrado reconocía en ese hombre modesto, displicente a los honores, buen compañero de todos, sencillo en sus hábitos, que más parecía un viejo chileno de chapa de otro tiempo que un inglés de formación victoriana, una personalidad indiscutida en el campo científico que proyectaba gloria para Chile. Al jubilar el Director del Museo Nacional de Historia Natural, Eduardo Moore, el Ministro de Educación, Eduardo Barrios, nombró a Latcham para cubrir el cargo, el 19 de abril de 1928. El Gobierno le hacía justicia al hombre de ciencia y reparaba en el funcionario el desaire de una postergación. Bordeaba los 60 años. Se sentía animoso para emprender una tarea renovadora en el viejo Museo fundado por Gay y organizado por Phillipi, francés el primero, alemán el segundo e inglés Latcham. Reconstruyó el edificio, notablemente dañado por los efectos del terremoto de 1928. Amplió la planta del personal de investigadores y renovó las colecciones. Hizo constantes exposiciones. Las publicaciones suspendidas por espacio de 18 años, vuelven a aparecer. Se edifican nuevos pabellones, uno para la biblioteca, que es valiosa por sus especializados repertorios; otro, para instalar la taxidermia; uno más, para sala de clases y otro para las oficinas de la dirección y de los jefes de sección. En uno de éstos, instaló la sala araucana. Dirigió personalmente la exposición Macqueen al Aysén, conocida en el mundo científico con los nombres Latcham-Macqueen. Por otra parte, la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile lo nombró Profesor de Historia del Arte en ese mismo año, y, al siguiente, Profesor del ramo de Historia del Arte Indígena Americano. Anotemos que fue Latcham el primer Decano de esa Facultad. La publicación de sus libros sigue fecunda cada año. La Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad del Estado, lo nombró Profesor de Prehistoria Americana y Chilena del Departamento de Historia del Instituto Pedagógico en 1936. Trabajamos juntos con Latcham en ese Departamento en que ejercíamos la docencia. La salud le acompañaba aún firme; pero de improviso advirtiéronse síntomas peligrosos: causancio; afectación del hígado; iniciación de una cirrosis. El corazón se mostraba insuficiente. Así y todo, realizó su última expedición científica a Calama en 1937. Emprende el viaje, que se le hace penoso y mucho más la permanencia en las regiones desérticas, para dar término a la obra *Arqueología Atacameña*, que tantos esfuerzos habíale costado compaginar en cerca de 25 años.

Latcham no abandonó jamás su nacionalidad. Era inglés por la sangre, pero habíase hecho chileno por los sentimientos, las afecciones, el cariño a la

tierra. Sonriendo decía que un inglés cuando deja el whisky y lo reemplaza por la chicha chilena, ha tomado carta de naturalización espontánea, que es más que la jurídica de ciudadanía, porque nace del sentimiento la adopción. Cuando en 1938 cumplió 50 años de residencia en Chile, recibió el homenaje público del reconocimiento por su obra científica y la gratitud de un pueblo que lo consideraba honrosamente como suyo. El Gobierno le dio la condecoración de la Orden al Mérito en el grado de Comendador y la Universidad de Chile, por intermedio de la Facultad de Filosofía y Educación, primero lo hizo miembro Académico y en ese mismo año 1938 lo distinguió en seguida con la categoría, casi nunca dispensada, de miembro honorario. Era la más alta jerarquía intelectual que podía otorgar la Corporación. Las otras instituciones científicas y literarias nacionales se reunieron para testimoniarle admiración por la obra llevada a cabo. Del extranjero, le llegaron distinciones muy enaltecedoras: la Universidad Nacional de La Plata lo hizo Doctor Honoris Causa, en 1939. Pero la salud comienza a decaer. Los síntomas de sus enfermedades se convierten en manifestaciones serias y no les da importancia. Tiene en carpeta una invitación especial, singular, del Gobierno, que para él se le hace del Perú, que por honrosa no puede eludir, para que concurra al XXVII Congreso de Americanistas que se efectuará en Lima. Entrevee la posibilidad de conversar con Max Uhle, de hablar con su viejo amigo y nada lo detiene. Arrostra los peligros que se ciernen sobre su salud con la temeridad de un joven.

La revisión de la prehistoria chilena. Latcham revisó toda la prehistoria chilena y en cada uno de los aspectos en que pudo estudiarla, sentó ideas originales. Había comenzado por poner a prueba las fuentes primitivas de información, los cronistas. ¿Se quiere conocer su juicio sobre ellos? Léase, a título de ejemplo simplemente, este párrafo indicativo de la actitud crítica con que mira los antecedentes en que casi todos sus antecesores se han apoyado: "Los principales cronistas que han tratado de la etnología araucana, —escribe en *La organización social y las creencias religiosas de los araucanos* (1924)— como Rosales, Ovalle, Olivares, Molina, Gómez de Vidaurre y Sors, eran sacerdotes, y aun cuando, por la época en que vivían, tenían buena ilustración, no podían desprenderse de los prejuicios que calificaban de demonismo todo lo que no se conformaba con las ideas religiosas de aquellos tiempos. En su celo de remediar este estado de cosas, el clero hizo lo posible por desarraigatoda costumbre que no fuera de su aprobación. Como consecuencia, los indios, sin reformar sus costumbres, ocultaban su ejercicio y miraban con desconfianza a todos los que querían hacer averiguaciones sobre sus prácticas o modo de pensar y especialmente fue este el caso con los misioneros enviados a doctrinarlos". Es esta la actitud crítica en todo cuanto Latcham somete a su estudio.

Estudios bibliográficos de Latcham. La consideración de los temas investigados por él, las conclusiones a que ha llegado, o ha dejado en suspenso, son apasionantes y habríamos deseado resumirlas aquí como surgen de sus libros. Magistralmente Humberto Fuenzalida ha expuesto las ideas de Latcham sobre la prehistoria americana y especialmente chilena, en su trabajo *Don Ricardo Latcham. Recuerdos y referencias*, aparecido en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, núm. 104, del año 1944 (págs. 54-79). Ese resumen es el fruto de una madura reflexión de las obras de Latcham, en donde sus ideas han sido explicadas con un metódico conocimiento, no sólo las del autor sino con la confrontación de las propias de Fuenzalida en puntos básicos. A nosotros nos corresponde considerar a Latcham como bibliógrafo de las ciencias auxiliares de la Historia, la arqueología, antropología y etnología. Al comenzar este estudio, hicimos mención de haber prologado Latcham la obra de Porter titulada *Biblioteca Chilena de Antropología y Etnología*, contribución del naturalista chileno al 4º Congreso Científico (1º Panamericano) de Buenos Aires de 1910. En ese prólogo, Latcham, como lo hemos recordado, señalaba las deficientes condiciones en que se encontraban los materiales bibliográficos de casi todas las ciencias cultivadas en Chile, sin la ordenación de catálogos, de índices o de bibliografías. El hecho hirió muy vivamente a Latcham, quien desde entonces se propuso reunir los materiales bibliográficos de estas tres ciencias auxiliares de la Historia. Después de un primer escarceo, pudo presentar en noviembre de 1913 una contribución de más o menos 79 títulos de artículos de revistas, casi todos firmados por sus autores, la que, con el nombre de *Bibliografía chilena de antropología y etnología (1909-1913)*, entregó a la *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera, Santiago de Chile, 1914*, núm. 1-2, págs. 49-50. Decía Latcham en una breve introducción: "Con ocasión del 4º Congreso Científico (1º Panamericano) 1908-1909, el Profesor don Carlos E. Porter editó una recopilación bibliográfica de todos los trabajos (de que tenía noticias) publicados en Chile relacionados con las ciencias antropológicas y etnológicas, hasta esa fecha. Desde entonces estos estudios han despertado más interés entre nosotros, debido principalmente a la formación de círculos científicos como la Sociedad de Folklore Chileno, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, que han fomentado todo lo relacionado con estos ramos. Para el efecto de esta bibliografía empleamos el término Antropología en su sentido amplio, incluyendo en ella la lingüística, la arqueología, el folklore, la etnografía, la prehistoria, etc. Después de la publicación del Profesor Porter, han visto la luz un número considerable de trabajos sobre estos temas, repartidos principalmente en las diversas revistas y en la prensa del país, habiéndose publicado otros en forma de folletos o libros. Como es inevitable, esta lista no puede ser completa, pues ha sido imposible revisar publicaciones del país. . .". El caudal bibliográfico aportado por Latcham fluía principalmente de revistas. Pero también tomaba los volúmenes XI, XIV y XVII

del Cuarto Congreso Científico (1º Panamericano) celebrado en Santiago a fines del año 1908 y comienzos de 1909. Estos volúmenes contienen los trabajos sobre ciencias naturales, antropológicas y etnológicas, los cuales suman 16. Recogía, en seguida, los aparecidos en la *Revista de Folklore Chileno*, en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, *Anales de la Universidad de Chile*, *Revista Chilena de Historia Natural* y *El Mercurio* de Santiago. Además, colacionaba 17 folletos de diferentes autores. Un año después, en 1915, concluía la abrumadora *Bibliografía Chilena de las Ciencias Antropológicas*, editándola en Santiago de Chile la Imprenta Universitaria en un folleto en 8º— de 41 páginas, a dos columnas. Era esta la Primera Serie. La Segunda, la publicó la misma imprenta, en igual formato, con 35 páginas. Debemos advertir, dada la extrema rareza de estos folletos, que la *Bibliografía Antropológica* Latcham la entregó a la *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*, donde encuéntrase en el año III, núm. 6, págs. 148 - 185, y núm. 7, págs. 229 - 261, 1915. En la primera serie, Latcham colacionó 625 títulos, y en la segunda 547; en total, registró 1.172 referencias de libros, folletos y artículos de diarios y revistas. Habrá que decir que la pericia del investigador científico se volcó con toda su capacidad en el campo bibliográfico, produciendo con su estudio un aporte capital. Porter en su ensayo de 1908 había anotado 200 items, excediéndole Latcham en 972, lo que da una idea del avance considerable que había realizado. “En el curso de nuestras investigaciones —decía— hemos tenido ocasión de revisar un gran número de revistas y diarios publicados en el país y hemos encontrado un enorme volumen de artículos y trabajos diseminados en sus páginas, como también noticias bibliográficas de obras que no conocíamos ni siquiera de nombre. Para que otros puedan aprovechar de estos numerosos trabajos, hemos resuelto publicar sus títulos y autores en forma de una nueva bibliografía por series, la primera de las cuales aparece ahora. Incluimos en esta lista todos aquellos trabajos que versan sobre antropología en su sentido más amplio, insertando bajo este título las ramas siguientes: 1º Antropología general; 2º Antropología física; 3º Etnografía; 4º Arqueología; 5º Lingüística; 6º Psicología; 7º Folklore y 8º Historia y Geografía. Tan extenso y vasto material, Latcham lo agrupó alfabéticamente y al hacerlo así, se perdió el orden cronológico que habría permitido seguir el desarrollo histórico de los progresos de la antropología en todas sus ramas. Fue una lástima la omisión de este método, pues en una bibliografía sobre una ciencia lo que interesa es su evolución para juzgar el grado de progreso que, de tiempo en tiempo, se produce. Los materiales reunidos por Latcham se ofrecían admirablemente para esta apreciación. Sin embargo, la observación que hacemos nada tiene que ver con el mérito real de la *Bibliografía Antropológica*, riquísima en cantidad aun cuando no siempre lo sea en calidad, pero repertorio en el que el estudioso encontrará cuanto necesite para su orientación. A pesar de los 52

BIBLIOGRAFÍA CHILENA

DE LAS

Ciencias Antropológicas

POR

RICARDO E. LATCHAM

*A mi amigo Don Ernesto
— de la Cruz*

Su afmo

PRIMERA SERIE

R. E. Latcham

Publicada en la Revista Chilena de Bibliografía.—Año III N.º 8



SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA UNIVERSITARIA
Bandera 130
1915

años que distan de la publicación de esta obra de Latham hasta hoy, ella sigue en pie. En el plan que su autor se trazó, no ha sido reemplazada ni completada ni continuada. Permanece señalando rumbos como un hito.

Indicaciones bibliográficas en otras obras. Latham ganó, con la publicación que hemos recordado, el justo título de bibliógrafo de las ciencias auxiliares de la Historia, y no sólo por haberla compuesto en forma exhaustiva, si es que en bibliografía puede emplearse tal término, sino también por haber sido su impulsador, cuando ella apenas comenzaba a nacer, merced a la intuición de Carlos E. Porter. La compaginación de una nueva bibliografía demoró muchos años: en 1927, la Editorial Nascimento de Santiago de Chile, le imprimió en un folleto en 12º, de 8 páginas a 2 columnas, con el título de *Breve Bibliografía de los Petroglifos Sudamericanos*, folleto que es una separata de la *Revista de Bibliografía Chilena*, publicada por la Biblioteca Nacional, correspondiente al año 1927, págs. 42 - 49. Latham describe o anota 127 títulos de estudios con sus correspondientes autores que, tanto en América como en Europa, se han ocupado de este fascinante misterio de la prehistoria del continente. Esta bibliografía se encuentra precedida de una cortísima introducción.

Sin duda, no es una bibliografía, por su contenido, el libro en el cual Latham expone sistemáticamente, con excelente método, la *Prehistoria Chilena*. Fue dado a luz en Santiago a expensas de la Comisión Oficial Organizadora de la Concurrencia de Chile a la Exposición Ibero-Americana de Sevilla, y editado por la Sociedad, Imprenta y Litografía Universo en 1928, en un volumen de 243 páginas con muchas láminas. Modelo de exposición, esta obra nunca podrá omitirse porque la *Prehistoria Chilena* es una fuente bibliográfica al ilustrar su autor cada capítulo con la colación de los escritores y las obras fundamentales en la materia correspondiente. Al exponer su plan, escribe el autor: "...hemos tratado de dar un ligero esbozo de lo que nos enseña la historia chilena, según las investigaciones arqueológicas modernas, combinadas con las observaciones de los primeros cronistas de la conquista y el estudio de los documentos del siglo xvi... Mucho de lo que se ha escrito sobre los indígenas chilenos, sobre todo lo relacionado con su prehistoria, está basado en conocimientos imperfectos o en las malas interpretaciones a que acabamos de referirnos. El objeto de este libro ha sido corregir algunos de estos errores y de señalar un nuevo camino que debe seguirse en estudios futuros". Precisamente, las bibliografías con que Latham enriquece el libro, resultan indispensables para lograr ese propósito. Los xii capítulos en que se divide, son verdaderas monografías acerca de los diversos aspectos de la prehistoria chilena y el último con que se cierra, es una visión crítica de conjunto sobre los errores en que cayeron Barros Arana en el tomo 1 de la *Historia General de Chile* (1884) y Tomás Cueva en sus diversas obras, tales como la *Historia de la Civilización*

de la Araucanía (1900, 3 vols.); *Psicología del Pueblo Araucano* (1908); *Folklore Araucano* (1911); *Las Últimas Familias y Costumbres Araucanas* (1913) y *La Mentalidad Araucana* (1916).

En otros libros, Latcham dio a conocer extensas bibliografías relativas a los temas expuestos. Vamos a romper nuestro plan y a nombrar esos libros, porque esas bibliografías son completísimas. En la obra *Costumbres Mortuorias de los Indios de Chile y otras partes de América* (Santiago, 1915), las obras consultadas y no mencionadas en el texto, alcanzan a 146. En *La Existencia de la Propiedad en el Antiguo Imperio de los Incas* (Santiago, 1923), proporciona una bibliografía selecta de los autores consultados y que recomienda para fijar en el lector el tema. Suman varias decenas los autores citados en la bibliografía adicional que se encuentra en *La Organización Social y las Creencias Religiosas de los Antiguos Araucanos* (Santiago, 1924). Son 96 las publicaciones colacionadas en el libro *La Alfarería Indígena Chilena* (Santiago, 1928). La bibliografía que registra en *Los Incas. Sus orígenes y sus ayllus* (Santiago, 1928) contiene 140 asientos y en *Las creencias religiosas de los antiguos Peruanos* (Santiago, 1929), colaciona también en la bibliografía 76 títulos. El estudio *Las Piedras de Tacitas de Chile y Argentina* (Santiago, 1929), Latcham lo concluyó con una bibliografía en orden cronológico. Hizo referencias a 97 publicaciones en su libro *La Agricultura Precolombina en Chile y los países vecinos* (Santiago, 1936). En otras obras suyas, como buen trabajador intelectual de formación europea, se encuentran igualmente referencias bibliográficas. El conjunto de las bibliografías de Latcham colocadas en sus libros constituye un arsenal informativo que difícilmente se encuentre en otra parte.

Contratiempos en la salud. Muerte. A partir de 1940 las fuerzas de Latcham decaen y los males del corazón y del hígado aumentan. Un día bueno, otro malo. El invierno es su enemigo; la cama le inmoviliza, y, sin embargo, se preocupa del Museo, proyecta nuevos libros y planifica excursiones y viajes a Antofagasta, otro a la península de Mejillones y a la isla de Santa María. Hay restos arqueológicos que necesita conocer. En 1941 y 1942 las dolencias se agravan. La moral se ha quebrado y desea ver pronto el término del mal. Quiere la soledad y parece hundirse en la meditación. Casi al comenzar la primavera, un día 16 de octubre de 1943, se agotó el ánimo. Lo vi muerto y lo lloré. La paz iluminaba el rostro. Alcanzaba a los 74 años cumplidos de edad.

Referencias: Falta una biografía de Latcham. La que proporciona Virgilio Figueroa en su *Diccionario*, III, 661, es incompletísima e insustancial. A la muerte del arqueólogo, la *Revista Chilena de Historia y Geografía* lo recordó en una semblanza estrictamente de rigor. Ni siquiera en ese escrito se recordó que Latcham fue quien promovió en el seno de la Sociedad Chilena de Historia la devoción por la prehistoria chilena con las confe-

rencias que allí dio y su colaboración desinteresada en la *Revista*. Alfonso Bulnes en el N° 26, año x, del *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* reprodujo el discurso que en nombre de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, pronunció el 4 de noviembre de 1939 en el acto de recepción de Latcham como miembro académico de esa corporación, casualmente a los 10 años de su fundación y con motivo de haber sido su primer decano. Bulnes traza un boceto noble, sugerente, lleno de atisbos afortunados de la personalidad del sabio a quien evocaba con ese discurso en el *Boletín* al rendirle homenaje en su fallecimiento. La *Revista de Historia y Geografía* reaccionó ante el pobre homenaje rendido a uno de sus más brillantes miembros. En el N° 104 correspondiente al año 1944, insertó, con el retrato de Latcham, el excelente y notable ensayo de Humberto Fuenzalida al cual hemos hecho alusión anteriormente. Ese trabajo intitolado, como se recordará, *Don Ricardo E. Latcham. Recuerdos y Referencias* no da idea de su rico y excepcional contenido como datos biográficos y, sobre todo, como apreciación crítica de las ideas del arqueólogo y la trascendencia de ellas en la prehistoria chilena. Además, el ensayo de Fuenzalida está seguido de una buena *Bibliografía de Latcham*. Un buen homenaje, por su valor duradero, le rindió la *Revista Chilena de Historia Natural* fundada por Carlos Porter y dirigida entonces por el Profesor Francisco Riveros Zúñiga. En el número correspondiente a los años XLVI y XLVII (1942-1943), publicó Riveros Zúñiga un estudio muy bien hecho con el título *Don Ricardo E. Latcham Cartwright, el propulsor y renovador de la ciencia arqueológica en Chile*. La primera parte de este trabajo es de carácter biográfico; la segunda, bibliográfico. Hay método y conocimiento en todo el conjunto. El trabajo de Fuenzalida y el de Riveros Zúñiga se complementan. Laval, en la *Bibliografía* da unos breves datos del arqueólogo (N° 149) y lo mismo la señora de Ochsenius, *Suplemento*, núm. 99 y siguientes colaciona las publicaciones de Latcham con referencias bibliográficas. En el *Noticiario mensual del Museo de Historia Natural*, núms. 87-88 de Santiago del mes de octubre y noviembre de 1963, se publicó un homenaje al sabio. Humberto Fuenzalida colaboró con un artículo *Don Ricardo Latcham y el ambiente científico de Chile a comienzos de siglo*; Eugenio Pereira con otro *Don Ricardo Latcham y la Universidad*; Tomás Lagos con el intitolado *Ricardo Latcham, Decano de la Facultad de Bellas Artes* y Grete Mostny con *La obra antropológica de Ricardo Latcham*. En la parte biográfica de este nuestro estudio, se contienen informaciones nuevas que oímos a Latcham y que completan a las de Fuenzalida. Las aprovechamos ahora al escribir esta semblanza.